Es propiedad de D. V. de Lalama.

BIBLIOTECA DRAMATICA.

Librerias de Jordan, Rios, Perez y Cuesta.

LA FELICIDAD EN LA LOCURA.

Comedia en dos actos, traducida del francés y arreglada á la escena española por D. Cipriano Lopez-Salgado, *para representarse en el teatro* Supernumerario de la Comedia (Variedades) *en el año de* 1849.

PERSONAGES.

Enriqueta.
Brigida.
David.
Patricio.
Don Andres, *doctor en medicina.*
Juan, *criado.*

El primer acto en Madrid, el segundo en el Campanar de Valencia.

ACTO PRIMERO.

Rico salon. Puertas en el fondo que dan á una galeria; puertas laterales. Una mesa á la derecha, un sofá á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

Enriqueta *sola sentada en el sofá y cantando á media voz. A poco* Brigida.

Enr. Lejos de mi patria hermosa
vivo triste y desgraciada,
á recuerdos condenada
de una vida mas dichosa.
Valencia mia,
tú eres la perla
del mediodia;
y aqui es el cielo
por demas triste,
árido el suelo.

Bri. (*sale corriendo por el foro derecha.*) Aqui está... Enriqueta, hija mia!

Enr. Brigida, mi buena nodriza, mi madre querida....

Bri. Qué imprudencia!... aprovechar el momento en que me he separado de ti, para venir sola á esta sala donde el señor conde suele recibir á sus sabios amigos, á tantos artistas! Te buscaba con inquietud por todas partes, cuando oi cantar, reconocí tu voz, y tuve miedo... porque sé el efecto que producen en ti esas canciones, como todo lo que te recuerda nuestro hermoso pais... Comprendo tus deseos, hija mia... Y crees que yo no deseo tambien volver á la choza donde he vivido tanto tiempo, donde tú te has criado, y donde me espera mi sobrino David?

Enr. Si, mi buena Brígida; pero tú vas á ser feliz muy pronto; vas á ver esa choza, á mi amigo de la infancia, el pobre David..... mientras que yo...

Bri. Te distraerás con otras cosas... En cuanto á mi, ¡Dios sea leado! porque te aseguro que no podria vivir mucho tiempo en esta Babel... Todo me aturde en el tal Madrid; las costumbres, las maneras, los gestos, hasta estos trages que me han obligado á usar... Aqui ni hay virtud, ni conciencia, todo es una mentira... En fin, hace un mes que estamos aqui, y el mismo tiempo que no nos dejan decir la verdad, y que nos estan obligando á mentir con la mayor desvergüenza... Cuando llegamos me dijo el señor conde: «Dirás que vienes de Oñate, donde has vivido siempre al servicio de mi prima, y siendo nodriza de Enriqueta desde que yo la envié á ese pueblo...» Y tantas mentiras, ¿para qué? Para que nadie pueda averiguar el origen de tu nacimiento. Si se descubiera este secreto, el orgullo del conde no le permitiria dejarte sus riquezas y su titulo.

Enr. Y sin embargo, es tan bueno! me ama tanto!

Bri. Te ama á su modo, porque siendo su única heredera, debes llevar su nombre... y ademas, necesita albagarte, porque como se ha pro-

puesto casarte con ese embajador, que te llevará mas lejos de tu pais, y el señor conde sabe cuánto amas el lugar en que te has criado...

ENR. Si, Brígida, es el único pais que puede serme grato, y el solo en que puedo vivir! Te acuerdas de nuestros paseos por las orillas del Turia, de noche, al resplandor amarillo de la luna, cuando David nos acompañaba? ¡Oh! jamás podré olvidar aquel cielo tan puro, y siempre sereno... aquellos mil olores que embalsaman la brisa de las tardes deliciosas, cuyos encantos solo pueden gozarse bajo el cielo siempre azul de Valencia!... Si, mi buena Brígida, hasta aquellas modestas funciones de iglesia en que nuestra voz respondia á la siempre dulce y cristiana del señor cura de Campanar... y la sencilla alcoba que yo ocupaba al lado de la tuya, y nuestra sala convertida en cuarto de estudio de David, y en fin, nuestra mas pequeña ocupacion, vivirá eterna en mi memoria... Yo heredera de un gran señor! ¡Ay, Brígida! si los dias que han pasado pudieran volver, yo daria mil veces este lujo que me rodea por un solo dia de nuestra pasada felicidad!... Si yo pudiera volver contigo!... Pero mi tio ha dicho que ya nunca veré esa tierra querida... ¡Nunca! ¡nunca! (*cae llorando en un sillon.*)

BRI. Dios mio!... Enriqueta, no hables mas de eso... Lo ves? Siempre que recuerdas esas cosas te pones triste, y temo por tu salud. ¿Quieres que mande llamar al doctor Andrés?

ENR. Al doctor? Para qué?

BRI. Ya sabes que es un sabio; el señor conde hace mucho caso de él; es su mejor amigo.... y puesto que vive aqui mismo, no se le molesta en hacerle venir...

ENR. Pero...

BRI. Lo único que no me gusta en él es la costumbre que tiene de quererlo saber todo; es muy pregunton y muy curioso... y yo no me atrevo á responderle, por miedo de decir la verdad... Dios me perdone! Y no hay cosa mas terrible para mi que el mentir. ¡Ay! aqui viene... ¡Silencio!

ESCENA II.

Las mismas, el DOCTOR.

DOC. (*hablando con Juan.*) El señor conde está ocupado, y ha mandado que si alguno quiere hablarle se vea conmigo: conque, ya lo sabes. (*Juan se retira. A Enriqueta.*) Cómo! Usted aqui, mi querida señorita, cuando la he recomendado el mayor retiro! Mis cuidados no tienen otro objeto que un verdadero interés por su salud de usted, única heredera del señor conde del Rio, porque ha llegado usted á Madrid á pocos dias de la desgracia de su primo, el hijo del señor conde, muerto en un duelo... y esta coincidencia tan estraordinaria hace que se tenga con usted mucho cuidado.

BRI. ¡Ah! por casualidad se halla aqui.

DOC. (*poniéndose entre las dos.*) Pues son casualidades que no me agradan... aqui no está bien. (*tomando el pulso á Enriqueta.*) Permítame usted. (*ap. observándola.*) Estas congojas tan repetidas... (*alto.*) Como iba diciendo; su venida de usted á Madrid ha sido para desconcertar las pretensiones del marqués del Pardal, ese pariente lejano del señor conde, que, segun parece, jamás habia oido hablar de usted. (*ap.*) ¡Diablo!... mal síntoma. (*dejando á Enriqueta.*)

BRI. Qué hay?

DOC. (*á media voz.*) Nada, nada que pueda alarmar... Solamente, para poner á cubierto mi responsabilidad, he pedido una consulta que se verificará en esta mañana.

BRI. Una consulta!

DOC. Si, he mandado llamar á ese mediquin, á ese don Eduardo Cañizares, que ha osado atacarme algunas veces ¡á mi! el decano, el gefe de uno de nuestros primeros establecimientos de sanidad... y diez años médico de cabecera del señor conde del Rio, y en cuya casa vivo! Es indispensable, absolutamente necesario que rinda admiracion y tributo á mi superioridad... Y en esta ocasion, señorita, quiero recogerme dentro de los límites de la ciencia; primero por el interés que tengo por usted, y luego por confundir á mi contrario. Espero un feliz resultado del nuevo específico que voy á administrar á usted... Si, señorita, específico, porque aunque la ignorancia de mis compañeros, y la ciencia misma los niegan, yo los conozco, y algun dia nos veremos la ciencia y yo, y todo el proto-medicato. (*se dirige á la mesa.*)

BRI. Siempre dice usted lo mismo, y yo veo que Enriqueta no se alivia.

DOC. Usted tiene la culpa, señora.

BRI. Yo?

DOC. Si señora, usted, porque por mas que se lo he preguntado, jamás ha querido darme ni la menor noticia acerca del clima, de las costumbres y demas circunstancias especiales de pais donde se ha criado esta señorita.

BRI. (*turbada.*) Es que... respecto á eso... el señor conde se ha encargado .. y ya creo que haya dado á usted las noticias necesarias... (*se dirige á Enriqueta.*)

DOC. (*ap. y en la mesa.*) Hum! siempre misterios...? Si el secreto que tanto se me oculta interesará al marqués del Pardal! El me confia todos sus secretos... pero esta muchacha...

JUAN. (*entrando.*) Señor doctor.

DOC. Qué hay?

JUAN. Dos criados del señor conde; los valencianos...

ENR. (*levantándose.*) ¡Valencianos!

DOC. Dos vagamundos, dos miserables ..

JUAN. Vienen á reclamar dos meses de trabajo que aun no les han pagado.

DOC. Está bien, está bien... Otro dia...

ENR. (*al doctor que se levanta.*) ¡Ah! no les haga usted esperar; son dos desgraciados: el señor conde los protege, y usted le representa en este momento, y yo se lo suplico. Mande usted que les paguen su trabajo!

DOC. Qué interés por esos importunos!

ENR. Importunos, señor, porque...

BRI. (*bajo.*) Cállate!

JUAN. Espera tambien ese pobre hombre que viene todas las mañanas cargado de papeles.

DOC. ¡Ah! si... Patricio... ese original... que entre. (*vase Juan.*) Un cráneo vacio, un maniático que tiene la cabeza trastornada con sus soñadas invenciones, y que se cree siempre en la víspera de hacer fortuna. (*á Enriqueta.*) Per

done usted, señorita, porque como divierte con sus locuras, ha mandado el señor conde que se le dege entrar en el palacio cuando quiera.

ESCENA III.

Los mismos, PATRICIO.

PAT. (*en la puerta.*) Buenos tunos sois todos... yo os enseñaré á respetarme... en cuanto sea rico.... que no tardaré en serlo.

DOC. (*á Enriqueta.*) Hace diez años que está diciendo lo mismo.

PAT. (*entrando.*) ¡Oh! mañana, pasado mañana ú otro dia, ya vereis... Señorita... pido á usted mil perdones... ya ve usted... la impertinencia de esos lacayos .. que son unos inciviles... si, señora, unos escualos, vulgo tiburones de la buena sociedad... Domésticos sin domesticar... Porque mientras yo estaba esperando la hora de conversar con S. E. el señor conde, estudiaba los trages de esos hipopótamos, para adornar á mis criados con unos iguales cuando yo sea rico... que lo seré pronto... se han puesto á mirarme como unos energúmenos, y á reirse en mis barbas. (*yendo al fondo.*) Canalla insolente!... si supiérais lo que yo tengo en mi cabeza y en mis bolsillos...

DOC. Dinero?

PAT. (*sacando unos papeles.*) No, un proyecto.

DOC. Será asombroso!

PAT. Una invencion soberbia, un descubrimiento en el que hace muchos años trabajo con una constancia verdaderamente romana, y digna de los mejores tiempos de la ciudad beligera, guerrera, como diria un mal hablista... ¡Si, señores! yo no vengo como los ignorantes á pedir una limosna; al contrario, yo traigo conmigo riquezas inmensas, cuya parte espero recoger.

DOC. ¡Pobre loco!

PAT. Si la España no aprecia mi sublimísimo descubrimiento, haré lo que Cristóbal Colon; iré á América, pais de las innovaciones, regazo materno de los descubrimientos, y al momento desheredaré al antiguo mundo... es decir, le desmembraré el nuevo, que asociaré á la gloria de mi nombre y del pais que me ha visto nacer... ¡Viva Valencia!

BRI. Si, viva Valencia!...

PAT. Quién?... ¡Calla!... me parece que he visto á este vástago femenino en otra parte.

DOC. De veras?

PAT. (*enseñando unos papeles.*) Vea usted... estas son las notas... esta es la base fundamental de mi trabajo, la piedra angular de mi edificio.

DOC. Pero ha visto usted...

PAT. Cuál? La piedra angular?...

DOC. No... A esa muger...

PAT. Es posible... Si... (*enseñando los papeles.*) Este es el punto primario...

DOC. Dónde la ha visto usted? En qué época?

PAT. Hace diez, quince ó veinte años, (*siempre hojeando.*) no se mas... porque tengo tantos planes en mi cabeza... (*á Brígida.*) No fué en una iglesia?... Si, si... un domingo, á la hora de vísperas, ahora recuerdo, con dos niños de la mano, el uno varon y el otro hembra.

ENR. ¡Cielos!

BRI. Qué es eso?... ¡Dios mio! qué palidez... ¡Se desmaya!... Señor doctor!

PAT. Esa damisela parece que está insana.

DOC. (*corriendo.*) Qué es eso, señorita Enriqueta?

ENR. No se... un vahido repentino... yo temia venir aqui.

DOC. Ya he dicho que no venga usted. Vamos, vamos, cójase usted de mi brazo, y...

ENR. Gracias, señor doctor: me retiraré con mi querida Brígida; sus cuidados me bastarán por ahora.

DOC. Dios lo quiera asi. (*vanse por el foro Enriqueta y Brígida. A esta.*) Dentro de un rato iré á ver como sigue.

ESCENA IV.

El DOCTOR *y* PATRICIO.

DOC. (*ap.*) Estos vahidos me dan mucho en que pensar: aqui hay un secreto que me interesa aclarar, y lo aclararé... Si yo pudiera saber por este hombre... Dejándome llevar un poco de sus caprichos. (*alto.*) Y bien, mi querido Patricio, me alegro mucho que podamos hablar un rato de sus bellos trabajos de usted, de sus grandes invenciones.

PAT. (*levantándose del sofá donde se ha sentado desde el desmayo de Enriqueta; y donde estaba como tomando notas: ap.*) Ola, ola... pues nunca me ha tratado con tanto respeto... esto prueba que ya va empezando á conocer mi talento.

DOC. Me parece que hace diez años que vino usted á Madrid á buscar fortuna.

PAT. Todo ese tiempo hace que empezaron á despejarse mis ideas. Yo vegetaba allá abajo, en las profundas oscuridades de mi pais, sin otra esperanza que la futura posesion de un diminuto cortijo... pero en cambio, ó en permuta, yo me sentia con una vocacion decididamente decidida por todo género ó especie de cosas estupendas, sorprendentes, indeterminadas... Vine á Madrid, me aposenté en él, y aprendí, puedo decirlo sin miedo, sin estupor de ser desmentido... las ciencias liberales, las artes especulativas, la astrologia política, la economía judicial, la agricultura astronómica, las ciencias inesactas, como la libertad de imprenta, y otras muchas mas... ¡Ah! si el señor Conde, el protector nato de todos los valencianos, á quien yo llamo mi gigante amigo, desde que me ha legado *inter vivos* la entrada franca en su palacio, si quisiera, digo, emplear toda su elevada influencia en aplastar, confundir y aniquilar la envidia de mis pigmeos enemigos, y hacer triunfar mis colosos y fecundos proyectos ...

DOC. ¡Oh! quien lo duda!.. Pero, digame usted; sin embargo del tiempo que ha trascurrido, creo que recuerda usted aun...

PAT. Todo lo que es digno de recuerdo, como yo, por egemplo.

DOC. Y recuerda usted bien todo lo que dejó en su pais?

PAT. ¡Diablo!.. ¡ya lo creo! como que me he dejado magníficos planos, y estupendas memorias á cual mas sublimadas... pero no aprovechan nada para mi nuevo descubrimiento... Figurese usted, mi querido Doctor, el descubrimiento mas atrevido y maravilloso; de un interés, no digamos nacional, ni Europeo, sino universal, terrestre... y... un poco celeste...

721159

DOC. Celeste!...

PAT. He descubierto... usted conocerá el beneficio que reporto á la sociedad científica, no es verdad?

DOC. Cierto.

PAT. Pues, señor, ya sabe usted que he hallado la cuadratura al círculo.

DOC. ¡Yo!.. ¡Ah! si... ya me acuerdo.

PAT. Y el movimiento continuo.

DOC. ¡El movimiento continuo!.. Si... es cierto. (*se rie ap.*)

PAT. Tambien la piedra filosofal está en mi cartera... pero todo eso no vale nada, son pequeñeces, nimiedades de poca monta para lo que va usted á oir.

DOC. Pero, bien... sepamos...

PAT. Pues señor, he descubierto una nueva aplicacion del vapor... he portado un gran servicio á la humanidad, sobre todo en invierno como ahora.

DOC. Pero cómo?

PAT. Un modo de calentar las carreteras... y toda clase de caminos.

DOC. ¡Diantre! eso, nada menos?

PAT. Veinte grados sobre cero... nada mas facil... se empieza por estraer el aire admosférico, formando un vacio en todo el camino, y la interfusion de las columnas de aire caliente, producen infinitas columnas de calor... que con la ayuda de una rotacion acelerada, que ocasionará una estufa mónstruo colocada á unos doscientos pies debajo de la capa superficial de la tierra... Aqui tengo matemática y teológicamente esplicada esta victoriosa conquista del hombre sobre la naturaleza. (*mostrando los papeles.*)

DOC. (*ap. y riendo.*) Y que haya quien crea que este hombre tiene talento!

PAT. Juzgue usted ahora cual va á ser mi gloria... Prometeo, en la infancia de la sociedad, arrebató el fuego del cielo para traerlo á la tierra; por un procedimiento contrario, yo, gran genio químico-físico-matemático-botánico-mineral, en la pubertad de las ciencias, he arrebatado el fuego de la tierra para llevarlo al cielo... Y heme aqui tranquilo acerca de mi porvenir, de mi suerte futura... mañana, pasado mañana ó el otro seré millonario... A propósito, mi querido Doctor, puede usted adelantarme cien reales para mi patrona?... Dice que la debo diez meses... ¡diez meses! y siempre me está pidiendo como si la debiera diez años... es una bruja... pedigueña.

DOC. (*sacando su cartera.*) Mal hecho... Aqui tiene usted un billete de doscientos reales... Pero volviendo á esa muger... insiste usted en creer que la ha visto...

PAT. Si; insisto en creer que el vapor dilatado al grado dicho, debe producir una fuerza de espansion capaz de calentar el aire de las carreteras.

DOC. (Ay! ay! ay!... nada puedo esperar de este hombre... y mis doscientos reales... en fin, ya veremos...) Está muy bien, querido amigo, el señor Conde verá... apreciará... pero ya es la hora de la consulta; no puedo detenerme mas.

PAT. (*yendo á la mesa donde ha dejado sus papeles.*) Por mi no se detenga usted; vaya usted donde guste; sin ceremonias.

DOC. Pero, qué! Usted se queda?

PAT. Si señor, soy en este sitio una necesidad viviente., he dado una cita.

DOC. Aqui?

PAT. Si señor, aqui; ¿qué tiene eso de particular?

DOC. Nada... pero... y se puede saber á quién?

PAT. Hombre, que curioso es usted!

DOC. Señor don Patricio...

PAT. Pero no, eso nada importa; yo soy muy amable, y se lo diré á usted... Es una aventura prodigiosa... Un púbero, muchacho gentil, muy interesante, que he hallado en la puerta, inmóvil como una estátua del museo de esculturas, ó de la plazuela de Oriente... Un populacho antisocial le rodeaba con una curiosidad innoble... me dió lástima, le pregunté de dónde era, y me dijo que de Valencia... ya ve usted, paisano mio... que estaba sin recursos, sin proteccion, sin apoyo... vea usted, ¡sin apoyo! un edificio sin piedra angular, un vapor sin fuerza locomotrid, y en una ciudad donde mora el señor Conde del Rio, mi gigante amigo... yo no puedo consentirlo; por eso le di mi tarjeta, digo, la del señor Conde; y ha quedado en venir aqui.

DOC. De veras?

PAT. Si señor, de veras; ¿y qué tiene eso de particular? Hombre, todo le choca á usted.

DOC. No, amigo Patricio; pero, usted va...

PAT. Con el vapor, á todas partes... Ahora voy á perfeccionar la invencion para presentarla al señor Conde... aunque ya he perdido el hilo de mis ideas... pero yo daré con él bien pronto. (*se sienta á la mesa.*) O siglo de los fósforos! Mi invencion será la antorcha que oscurezca las luces de esos sabios cerillas, que no alumbran á dos pasos de si... Siglo del positivismo, ni aun en este me ganarán tus amponeses... yo tambien con mi invencion haré dinero, mucho dinero. Ja! ja! ja!

DOC. Ji! ji! ji!

PAT. (*volviendo la cabeza.*) ¡Ola! parece que tambien le agrada usted la idea, ¡eh!

DOC. Si señor, mucho.

PAT. Ya se vé, ¿á quién no agrada el ser rico?

DOC. A los necios.

PAT. Tiene usted mucha parte de razon.

JUAN. El Doctor Cañizares espera al señor don Andrés para la consulta.

DOC. Voy, voy al instante. (*mirando á Patricio.*) Pobre hombre; nadie le saca de sus locuras, pero yo le sacaré el secreto que tanto se me oculta. (*alto.*) A Dios, amigo Patricio.

PAT. Diga usted al señor Conde que soy con él al momento.

DOC. Está bien. (*vase riendo.*)

ESCENA V.

PATRICIO, *solo, á poco* JUAN.

PAT. Si... indudablemente yo engrandeceré la España, cambiaré la faz del mundo... no me falta mas que hallar la fuerza secundaria. (*se oye ruido.*) ¡A Dios! ya estan metiendo ruido... vamos, está visto que aqui no se puede trabajar con silencio. (*levantándose, y mirando por el foro izquierda.*) Pero, ¡calla! es

mi joven de esta mañana... y no le dejan entrar esos bellacos. (*á Juan que pasa.*) Juan! Juan!... aquel joven que está allá abajo, y que no le dejan entrar, es un amigo mio, á quien protejo... conque asi, que le dejen entrar, ¿oyes?

JUAN. Ja! ja! ja!

PAT. Bribon! ¡Cómo se entiende!.. Pero, oye, te doy dos duros si quieres, tres, cuatro!

JUAN. Ja! ja! ja!

PAT. Y te ries todavia!.. pues bien; toma ese billete... te le doy todo, entero.

JUAN. ¡Cómo! ¿De veras? (*despues de coger el billete.*)

PAT. Pues no le tienes? Vamos, hazle entrar.

JUAN. ¡Ola! muchachos! dejadle entrar, que lo manda el señor. (*mostrando el billete.*)

PAT. Si; lo mando yo! (*vase Juan.*)

ESCENA VI.

PATRICIO, DAVID, *con un cuadro de lienzo enrollado que deja sobre una silla en último término.*

DAV. ¡Ah! gracias, mi querido protector, por haber impedido que sus criados de usted me arrojáran de esta casa.

PAT. ¡Oh! mis domésticos, son, como todos los domésticos del mundo; canalla bravia indomesticable... pero yo les juro que... no se puede con ellos... todos tienen mas orgullo que los amos... ¡pero yo les juro!!!

DAV. ¡Ah! no, perdónelos usted; otra vez...

PAT. Bien, bien; basta que usted se empeñe por ello .. los perdono... Pero si yo fuera el Conde del Rio, mi gigante amigo...

DAV. ¡Como! es usted amigo del señor Conde del Rio?

PAT. Y de su casa, en la cual estamos ahora, y en la que yo entro y salgo sin que nadie ose ponerme el menor impedimento. Esto prueba cuanto puedo hacer por usted.

DAV. ¡Oh! el cielo le pone á usted en mi camino... seguramente que me espera algun suceso feliz! Y ya es tiempo, señor, porque empiezan á faltarme fuerzas para sufrir tanto... He andado mas de cien leguas á pie.

PAT. (*poniéndole una silla.*) Pobre muchacho!... Tome usted asiento .. con franqueza... como si estubiera usted en su casa.

DAV. ¡Ah! no son las piernas las que siento mas débiles, sino mi pobre cabeza, que trabaja demasiado.

PAT. Como! ¿Tambien su cabeza de usted trabaja?... Y ha emprendido usted un viage tan largo, y solo, y con el frio que hace!.. Debió usted haber esperado hasta que el frio de las carreteras hubiera desaparecido por medio de... (¡Ay! ya iba á descubrirle mi secreto...)

DAV. Yo no he fijado la atencion ni en el tiempo, ni en lo largo del viage; ¡no! pensaba en otras cosas... soy pintor, y vengo con la esperanza de adquirir celebridad para mi nombre y hallar una cosa que he perdido.

PAT. Y cuál es? Tal vez yo..

DAV. Dispenseme usted que no se lo diga por ahora...

PAT. Es un secreto?.. Adelante... yo tambien tengo uno que solo puedo decir al señor Conde y á su médico.

DAV. Traigo un cuadro que creo sea lo mejor que he hecho. Se que el señor conde es protector de los infelices, y mas cuando son, como yo, paisanos suyos. Usted me ha ofrecido presentarme á su escelencia, y espero que lo haga.

PAT. No hay inconveniente, porque usted me interesa de una manera interesante... pero hay una pequeña dificultad ..

DAV. Como! dice usted que no hay inconveniente, pero que hay una dificultad?.. Es una contradiccion que no comprendo.

PAT. Si señor... entre inconveniente y dificultad hay su diferencia... y no floja... usted es muy joven todavia, y no tiene nada de particular que no la sepa... cuando sea usted betusto podrá saberlo. Por ahora bástele á usted saber, amigo mio, que el señor conde no recibe no siendo á un personage de alta influencia, como un príncipe, un ministro, ó un médico.

DAV. Comprendo. De palabra protector de sus paisanos, de los artistas... esa fama agrada á todos... en tratándose de obrar, es otra cosa; cualquier artista que llega á la puerta de esos señores, es despreciado, envilecido, arrojado como un pobre mendigo... Yo debi haber previsto esto antes de venir aqui... No le culpo á usted por las promesas que me ha hecho, sino á mi por haberlas creido.... procuraré escarmentar... A Dios...

PAT. Eh! poco á poco, jóven: no desmaye usted por eso... Usted no sabe con quien está hablando... Yo le prometo...

DAV. Usted?

PAT. Mañana, pasado mañana ó el otro... seré rico... millonario!

DAV. Usted? Es posible?

PAT. Si señor. (*enseñándole los papeles.*) «En dilatando el vapor al grado indicado...» Comprende usted?

DAV. Ni una palabra... Dispénseme usted, tengo la cabeza muy débil, y la imaginacion muy atormentada... Eso será un esperimento? Deseo á usted, de todo corazon, el mejor resultado, querido amigo; porque veo que es usted un buen hombre. Me alegro haberlo conocido; pero puesto que nada tengo que esperar, me retiro. (*va á salir.*)

PAT. A dónde va usted, criatura inverbe?

DAV. No lo sé... á la ventura.

PAT. Oh! yo no debo consentir... no consiento que usted salga de aqui... (Seria capaz de cometer un suicidio... esa tristeza.) Pues señor, quiero que usted no salga de esta casa... ¡Oh! qué idea!.. Voy á hablar al doctor.

DAV. Al doctor?

PAT. Si; es el protector que usted necesita... el factotum del señor Conde... Yo soy el primer escalon, ya vé usted, y él el segundo... Aqui viene... voy á recomendar á usted... una palabra mia... y usted verá...

ESCENA VII.

Los mismos, el DOCTOR.

DOC. (*ap. entrando.*) Quién diablos entiende esto? Un nuevo síncope mas terrible que los otros .. y siempre la acometen cuando se la

recuerda su pais... esto ya es alarmante. (*viendo á Patricio.*) Todavia está usted aqui?

PAT. Si, señor. (*alargándole los papeles.*) Aqui tiene usted mi memoria sobre...

DOC. Bien, luego, luego...

PAT. Y tengo el placer, me congratulo en presentar á usted este jóven, uno de mis mejores amigos, que...

DOC. Eh! déjeme usted en paz.

DAV. (*bajo á Patricio.*) Qué ha dicho?

PAT. Nada... que se quede usted solo... no hay mas que hablarle con alma, y...

DAV. Pero...

PAT. Cuando usted quiera verme, aqui estan mis señas; «Patricio, calle de los tres Peces, número 16.» Ahora vivo en una boardilla, pero mañana tal vez, viviré en un gran palacio.... Yo me ausento, voy á hallar mi fuerza secundaria... Conque, hasta luego. (*vase por el foro izquierda.*)

ESCENA VIII.

DAVID, *el* DOCTOR.

DAV. Me deja solo. ¿Qué le diré?

DOC. (*sentado junto á la mesa.*) El doctor Cañizares no ha querido comprometerse... y heme aqui solo entre la enferma y la muerte.

DAV. (*ap.*) La muerte! Dios mio! á qué tiempo he llegado... ¡Oh! ya no hay esperanza... me retiraré. (*da algunos pasos.*)

DOC. Quién anda ahi? quién es usted?

DAV. Perdone usted... yo...

DOC. Qué le trae aqui? Sepamos.

DAV. Ya sabe usted... Soy el recomendado de...

DOC. De ese estrabagante? Bien, y qué?

DAV. Me llamo David... acabo de llegar de Valencia, y soy pintor... quisiera que me recomendára usted al señor conde.

DOC. Yo? A usted?.. Lo que no comprendo es cómo esos imbéciles criados dejan entrar asi al primer bagamundo que se presenta...

DAV. (*con dignidad.*) ¡Señor!

DOC. Dentro de poco no estaremos seguros ni en nuestras propias casas, de estos importunos.

DAV. Lo dice usted por mi, caballero? Yo soy un artista, no soy un bagamundo.

DOC. Artista, artista, cualquier remendon se llama hoy artista... será usted un pinta monas... otro pintor de Ubeda.

DAV. Suplico á usted que suspenda su juicio hasta que vea.... (*saca el lienzo, lo desenrolla.*)

DOC. (*levantándose.*) Ay! ay!.. no, no... (¿Otro tenemos?)

DAV. Quiero que usted se convenza de que yo no soy un remendon, un bagamundo.

DOC. (*mirando el cuadro.*) Dios mio! ¿qué es lo que veo?

DAV. Algun defecto?

DOC. (*para si, y mirando el lienzo.*) ¡Cómo se parece!.. esto es admirable!.. Si, no hay duda... (*á David.*) Digame usted, jóven, ¿cual es el objeto de ese cuadro?

DAV. Presentar una escena de familia, una escena de feliz recuerdo... ¡Oh! si, muy feliz.... Esta es mi hermana que canta al piano...

DOC. Vuestra hermana!

DAV. Mi hermana de leche, mi compañera de la infancia; si señor; ve usted qué linda está con su trage de aldeana?

DOC. Cuanto mas la miro, mas me parece... ¡una aldeana!..

DAV. Y yo soy este que está á su lado pintando: acaso estaré desconocido por la tristeza.

DOC. Verdaderamente... sin embargo.... Pues bien, jóven, espliqueme usted quién son las figuras que se ven retratadas en ese lienzo, y le ofrezco á usted mi apoyo...

DAV. Cómo! Le interesa á usted saberlo?

DOC. Que si me interesa! Mas de lo que usted se puede figurar.

DAV. Pues bien; esta es una jóven con quien yo me he criado en casa de mi tia, simple arrendataria de una pequeña posesion cerca de Valencia... Yo soy huérfano, y Enriqueta fué abandonada de sus padres...

DOC. Enriqueta?

DAV. Ese es su nombre.

DOC. (Ella es!)

DAV. Qué dice usted?

DOC. Nada, nada.. siga usted...

DAV. Aunque pobres, nada nos faltaba. Mi primer cuidado en cuanto me levantaba por las mañanas, era llevar un ramo de flores á Enriqueta, y por las tardes me daba ella otro que yo guardaba hasta el dia siguiente; y esto hacia mi felicidad. Mi tia recibia de unas personas desconocidas el dinero necesario para dar á Enriqueta una brillante educacion, y todos los dias iban los maestros de Valencia á darla lecciones, de las que yo me aprovechaba tambien; y ella tocando, y yo pintando á su lado, pasábamos los dias mas felices... este es el asunto del cuadro.

DOC. (*mirándole.*) Y es escelente... Pero cómo ha dejado usted tanta felicidad para venir á Madrid, donde no hay mas que penas?

DAV. ¡Ah! Dios mio!.. Un dia que habia yo salido de casa á enseñar mi cuadro al señor cura, único amigo que me alentaba en mis trabajos artísticos... cuando volvi lleno de gozo á abrazar á mi querida tia y á mi idolatrada Enriqueta, solo hallé á una vecina que me dió una carta, cuyo contenido jamás se borrará de mi memoria. «Querido hijo, me decia mi tia, me veo obligada á partir con Enriqueta, y temiendo que nuestra despedida sea muy cruel para ti, no he querido comunicarte esta separacion hasta ahora: pide á Dios el valor que todos necesitamos para sufrir este golpe.. á mi vuelta te enteraré de todo.» Esto me daba á entender que mi tia debia volver sola .. Crei volverme loco, y aun estube algunos dias sin saber lo que pasaba á mi alrededor. Apenas volvi en mi, me informé del camino que mis amadas compañeras habian tomado, y puesto en él, casi maquinalmente, he llegado á esta corte, donde á nadie conozco... Solo deseo ganar trabajando, para poder esperar; si no hallo donde, ¡como ha de ser! tendré paciencia... acaso muy pronto no tendré necesidad de nadie.

DOC. Diantre! qué historia!... ¡Pobre jóven!... Y no ha sabido usted nunca quiénes son los padres de esa jóven?

DAV. Nunca, señor. Solo sé que la habian abandonado; y ahora querrán arrebatárnosla despues que la hemos amado quince años!.. ¿No

es verdad que es una injusticia que usted no consentirá, ni el señor conde tampoco?

Doc. El señor conde!.. Yo le hablaré de usted.

Dav. De veras?

Doc. (*tomando el cuadro.*) Si... acaso hoy mismo de á usted un asunto mas para este cuadro... Pero antes quiero hablar unas palabras con el marqués del Pardal... un pariente del señor conde, á quien esperamos hoy.

Dav. Tantas bondades! ..

Doc. (Si; ahora puedo decirle que venga, puesto que ya tengo el hilo.) No se alege usted, jóven; tal vez se le necesitará pronto.

Dav. A mi?

Doc. Quiero decir, que acaso podamos ayudar á usted á encontrar lo que busca...

Dav. (*abrazándole.*) ¡Ah! mi querido protector! si eso fuera verdad! deberia á usted la felicidad de mi vida... Desde que he creido perder un objeto tan querido, la vida me era odiosa. Cuente usted con mi eterno agradecimiento!

Doc. Bien, bien... gracias, amigo, gracias... Espéreme usted aqui un instante, que vuelvo al momento. (*vase.*)

ESCENA IX.

David, *solo.*

Qué felicidad! ¡Dios mio!... apenas me atrevo á creer... siento hervir mi sangre... el corazon me late como nunca ha latido... la cabeza me arde... me parece que tengo fiebre... ¡Oh! dicen bien que el placer como el dolor... asesinan... En estos momentos me creo capaz de todo... si, si, vengan mis pinceles y haré una obra maestra. (*se dirige á la silla donde dejó el cuadro al entrar, y en la que habrá puesto la caja de los pinceles y demas útiles. Brígida entra sin verle y sin ser vista.*)

ESCENA X.

Brigida, David.

Bri. Si, es necesario, absolutamente necesario que yo vea al señor conde... (*enjugándose las lágrimas.*) ¡Pobre hija mia!

Dav. (*volviéndose.*) Quién anda ahi?.. Dios mio!.. querida tia!

Bri. David! hijo mio! ¿qué significa esto? Como te hallo aqui?

Dav. Tia mia! qué felicidad!

Bri. Pero dime... ¿quién te ha traido aqui?

Dav. La casualidad... Pero dígame usted, ¿dónde está Enriqueta? ¿dónde? Quiero saberlo.

Bri. Cómo, ¿qué es eso? Con ese imperio hablas á tu tia despues de haberla desobedecido?

Dav. Perdóneme usted: mi cariño era superior á mi deseo de obedecer... perdóneme usted, querida tia... se lo ruego.... y esplíqueme usted...

Bri. (*abrazándole.*) Bien, te perdono... Antes de volver á casa he querido venir á entregar al señor conde la renta.

Dav. Pero... y Enriqueta?..

Bri. Yo voy á marchar hoy mismo.

Dav. Sola?

Bri. No.. contigo.

Dav. Solos! ah! no quiere usted decirme dónde está Enriqueta!

Bri. La han reclamado sus padres... la he dejado con ellos en Durango... y ahora no sé...

Dav. Querida tia!.. la verdad!.. Usted es una buena cristiana, incapaz de mentir... En nombre de Dios, respóndame usted... ¿dónde está Enriqueta?

Bri. (*esforzándose.*) Yo... lo ignoro...

Dav. Y quiénes son sus padres?

Bri. Su padre es un gran señor, un conde, y su madre una pobre, hija de Valencia como nosotros. Habian ocultado el nacimiento de Enriqueta para poder mas libremente asegurar su suerte, y ya es poderosa. Pretenderás acaso destruir su felicidad?

Dav. Su felicidad!.. Enriqueta feliz sin mi!... es imposible... Aunque yo fuera rico, poderoso, aunque llevaran mis sienes una corona de monarca, ¿podria ser feliz sin Enriqueta? La idea solo de esta separacion trastorna mi cabeza...

Bri. Tranquilízate... nosotros buscaremos hoy á Enriqueta...

Dav. Ah! madre mia!.. si, la buscaremos ahora mismo, no es verdad?

Bri. Yo te prometo que será hoy... pero ahora salgamos de aqui.

Dav. ¡Ah! usted me vuelve la vida! (*van á salir.*)

ESCENA XI.

Los mismos, Patricio, *entrando.*

Pat. Ya la he hallado.

Dav. A quién?

Pat. (*mostrando los papeles.*) Mi fuerza secundaria.

Dav. Ah!

Pat. Dónde está el Doctor? quiero esplicarle ..

Dav. El Doctor?.. ha marchado por ahi. (*señalando al foro izquierda.*)

Pat. Ah! ya comprendo: á ver á Enriqueta sin duda, eh?

Dav. A Enriqueta?

Pat. A esa muchacha que estaba aqui con usted hace un momento.

Bri. (Dios mio!)

Pat. La sobrina del señor conde.

Dav. Su sobrina!

Bri. No le hagas caso... está loco .. vámonos....

Pat. Señora... muchas gracias... loco, eh?.. No hay ignorante que no se crea con derecho para juzgar á los sabios... (*se queda pensativo.*)

Dav. El conde es el dueño de la posesion en que hemos vivido... ella es su sobrina y estaba con usted ahora mismo! ah!.. todo lo comprendo!

Bri. David!

Pat. (*de repente.*) Si, señora! cuando yo haya hecho emigrar, es decir, cuando haya hecho mudar de domicilio el frio del invierno, y calentado las carreteras... ya veremos si estoy loco.

Dav. (*como inspirado de una idea.*) Ah! Dios mio! si... no hay duda; es ella la que está enferma... tal vez muerta... y por eso... Oh! no es verdad?.. tia, suplico á usted que no me engañe. (*suena ruido, se oye una campanilla; los criados pasan corriendo por el foro.*) Ese ruido! esa agitacion!.. ¡Ah! Enriqueta ha muerto... si... ¿dónde está? quiero verla!

Bri. Hijo mio!

Pat. Joven!

DAV. Dejadme... Hermana mia! hermana mia! (*vase corriendo por el foro izquierda.*)

BRI. Ah! qué ha hecho usted? (*llorando.*) ¡cuántas desventuras va usted á causarnos!

PAT. Qué es lo que he hecho, me pregunta usted? Sexagenaria mulier!.. ¡Se atreve usted á decir que mi descubrimiento va á causar males á la humanidad?..

BRI. Es usted un loco, un maniático que... pero mi pobre David... ah! (*vase corriendo.*)

ESCENA XII.

PATRICIO, *solo.*

Habrase visto mayor atrevimiento..? ¡yo loco! . pero... ja! ja! ja! no me acordaba que ningun loco quiere aparecerlo, y todos llaman locos á los cuerdos... pobre gente!.. Vamos, estan rematados... Digo que he descubierto mi fuerza secundaria, y empieza á hacer aspavientos y á llamarla su hermana... ¡qué locura tan rara! (*riendo.*) Creerse hermano de mi fuerza secundaria! (*rie hasta caer abrumado por la risa en una silla; se oye ruido.*) Calla! ¿qué ruido es ese? (*yendo al foro, y mirando por donde marchó David.*) Dios mio! sale del cuarto de la enferma! y qué espantoso viene... ya está aqui!.. (*se retira corriendo à un lado.*)

ESCENA XIII.

PATRICIO, DAVID.

DAV. (*en el mayor desórden.*) Enriqueta!.. Enriqueta!

PAT. (*llegándose poco à poco.*) Qué es eso, pobre jóven?

DAV. La he visto!.. ha dado un grito!... ha querido hablarme! pero su aliento espiró en sus labios... ¡muerta! (*cae en un sillon.*)

PAT. Dios mio!.. se ha desmayado... ¿pobre jóvén!.. me dá compasion... le quiero ya con toda mi alma... se va á quedar frio... ya se vé, está uno en la Siberia... Si yo tubiera mi vapor, ya le reanimaria... Pero, ¡cómo ha de ser! llamaré al doctor... si, si, voy corriendo. (*vase.*)

ESCENA XIV.

DAVID *solo, y volviendo en si.*

Si, si... alli viene... la veo salir de su cuarto. . ¡qué hermosa está!.. ya llega... Ven, ven aqui, siéntate á mi lado, hermana mia, mi buena amiga, mi querida Enriqueta; yo te contaré... (*levantàndose.*) Escucha .. soñaba yo que estabas en casa de un conde .. en Madrid!... que estabas enferma, muy enferma, moribunda, y yo loco, al lado de tu cama, lloraba como un niño... de repente me miras, quieres hablarme, y la muerte ahogó tu voz; pero, no tengas miedo; fue un sueño, un sueño nada mas... ya estoy despierto... lo ves... Esta tarde me darás un ramo de flores, ¿no es verdad? Y yo le pondré en tu cabeza y adornará tu frente pura como el sol... Pero oigo ruido. .. aléjate... no quiero que te encuentren á mi lado... á Dios... déjame solo... No, no, espera, ¡qué hermosa eres!.. voy á hacer tu retrato... ya estás buena, enteramente buena, y mientras yo pinto, tú cantarás al piano; quiero oir esa voz que hace latir mi corazon de alegria... la felicidad... oh! la felicidad es muy hermosa... canta... si... ¡qué voz tan dulce!.. ¡silencio! (*queda como oyendo estasiado.*)

ESCENA XV.

DAVID, BRIGIDA.

BRI. Oh! aqui está!.. David? hijo mio!

DAV. Silencio!.. calla!.. déjame oir!

BRI. Qué?

DAV. A Enriqueta.

BRI. A Enriqueta?

DAV. Silencio! Ya ha callado... ¿Por qué has venido á interrumpirla? (*como dirigiéndose al objeto que cree ver.*) Yo te lo suplico!.. canta!

BRI. Pero á quien hablas, hijo mio?

DAV. A Enriqueta, que está alli, en el piano.

BRI. Ay! Dios mio! solo me faltaba esta desgracia.... (*abrazándole.* Hijo mio! Vuelve en ti, reconóceme, soy tu tia.

DAV. Quién has dicho? ¿mi tia?... es mentira.... déjame..

BRI. Desgraciado!.. Qué es esto, Dios mio!.. Señor doctor? señor doctor! (*llorando.*)

ESCENA XVI.

Los mismos, PATRICIO, *y el* DOCTOR.

PAT. Aqui está, aqui está... yo le traigo.

DOC. Qué hay?

BRI. (*con desesperacion.*) Ah! señor doctor!.. Sálvele usted... por piedad... está loco!

PAT. (Ja! ja! ja!.. no lo decia yo?.. (*mirándole con tristeza.*) Pobre muchacho!

DOC. (*pulsando.*) Este pulso, esa mirada... llévele usted á mi cuarto, y hoy mismo se le sacará de esta casa.

BRI. Vamos .. ven conmigo... David, hijo mio!

DAV. A dónde?

DOC. A ver á Enriqueta. (*bajo à Brígida.*) Es preciso engañarle.

DAV. A ver á Enriqueta?.. Si, si, vamos... Ah! qué feliz soy! (*le llevan entre Brígida y el doctor.*)

PAT. Está loco!.. ya decia yo! Si no podia menos! Pobre muchacho! ahora me interesa mas que antes... Es necesario que yo no me separe de su lado... Estoy seguro que solo mis auxilios pueden volverle la razon: si, volemos en su socorro, y la ciencia me inspirará el modo de salvarlo.

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala baja adornada con sencillez. Puerta en el fondo por la que se ve el campo. Puertas laterales. Un piano a la izquierda; un sillon á la derecha, detrás un caballete de pintor con un retrato á medio hacer. Una Virgen colgada en la pared.

ESCENA PRIMERA.

BRIGIDA *cosiendo,* PATRICIO.

PAT. (*abriendo la puerta del fondo.*) Pst! pst!.. bue-

nos dias, vecina.

BRI. Ah! es mi buen Patricio? Entre usted, no hay necesidad de tantas precauciones... Estoy sola.

PAT. David ha salido ya?

BRI. Como tiene de costumbre, á dar su paseo de mañana.

PAT. Yo temia despertarle.

BRI. Sabe usted que nunca duerme á estas horas. Pobre David! La mayor parte de las noches se las pasa en vela; y apenas amanece se sale al campo. Hace ya tres meses que vive asi, desde que vine con él de Madrid, de donde sali tan pronto como el doctor me dijo que estaba curado. Usted fue el único, buen Patricio, que no nos abandonó; y me alegro cada dia mas, el que le tengamos á usted á nuestro lado.

PAT. Cumplida mi gran mision sobre la tierra, ¿á dónde me habia de retirar á concluir mis dias tranquilamente, mas que á mi querido Campanar, á este pueblo que ha tenido la dicha de mecer y cobijar mi cuna? Ya sabe usted que no pudiendo conseguir que el gobierno español apreciára mi descubrimiento, me embarqué para América al dia siguiente de haber muerto la señorita Enriqueta.

BRI. Oh! silencio! no recuerde usted esa desgracia delante de David... no pronuncie usted jamas ese nombre: renovaria usted su enfermedad.

PAT. Pobre David! si no hubiera sido por mi, jamás se hubiera curado... Pero no tenga usted miedo: tengo yo otros muchos objetos de conversacion... El prodigioso éxito de mi descubrimiento, allá abajo, en América, las riquezas inmensas que he traido á mi pais... riquezas movibles... todas en papel.

BRI. Y en ilusiones.

PAT. Esto es asombroso... los millones me rodean por todas partes... nado en oro... vivo como un príncipe... y todo, gracias á mi descubrimiento, ha cambiado enteramente la faz de la tierra... Ya verá usted como ahora ya no hace frio en las carreteras.

BRI. (Ya lo creo, si estamos en julio.)

PAT. El tránsito repentino del calor al frio y del frio al calor, producia reacciones fatales, trastornaba las cabezas... pero ya que no habrá mas que calor, no hay miedo de que las cabezas se estravien... en fin, viviremos en paz como Adan y Eva vivieron en el Paraiso, despues del pecado original.

BRI. (¡Pobre hombre!)

PAT. (*con entusiasmo*) Yo soy el rey del mundo.... por la gracia de mi talento y del calórico!... Y ¿querrá usted creer que he hallado ingratos, envidiosos que ni siquiera me saludan? David, al contrario, me escucha con interés, me felicita siempre, y me confirma en mis ideas... Ese es un verdadero amigo... yo leo su correspondencia, y la contesto.

BRI. A propósito, buen Patricio, ha recibido usted alguna carta de Madrid, en respuesta á otra en que se hablaba de un cuadro?

PAT. De David?.. Todavia no he visto ninguno suyo.

BRI. Porque siempre oculta su trabajo.. Cuando se viene á pintar á ese cuarto, donde no ha permitido que se cambie cosa alguna, se cierra solo... Un dia que dejó abierta la puerta y yo me aventuré á entrar, se puso colérico conmigo.

PAT. ¡Pobre muchacho! ¿hácia dónde se ha dirigido?

BRI. Por donde siempre, á la orilla del rio.

PAT. Voy, voy á buscarle. (*va, y vuelve.*) ¡Ah! se me olvidaba. Voy á comunicar á usted una noticia... de la mas alta importancia.

BRI. Otra invencion?

PAT. No señora... eso ya se acabó: ahora que soy rico quiero descansar, pero conozco que debo establecerme matrimonialmente... Buscaba una muger... y creo que la he hallado.

BRI. Cómo?

PAT. Ayer tarde, paseándome por el camino de ese castillo deshabitado, y que pertenece á los herederos del señor conde del Rio, vi á la entrada del camino una muger, una jóven hermosa, que se dirigia al castillo

BRI. (Una jóven!.. Dios mio!.. si será ella!)

PAT. Parecia llegar de viage... porque la seguian dos ó tres lacayos... La saludé, se volvió hácia mi, y se me figuró haberla visto en otra parte... iba á hablarla... pero puso el dedo sobre su boca en señal de discrecion, y se alejó. Yo me quedé parado, fijo, inmóvil y lleno de admiracion, y de amor Si sus cualidades corresponden á su hermosura, yo la ofreceré mi mano y mi fortuna... Buenos dias, vecina. (*llega á la puerta, y se detiene.*) ¡Cielos!.. ¿qué es lo que veo?.. allí abajo... Si... no hay duda!

BRI. Quién es?

PAT. Esa jóven... baja de un coche... mira á su alrededor... y se dirige hácia aqui...

BRI. (*mirando.*) Dios mio! ¡es ella!

PAT. Le gusta á usted... Sabe usted quién es?

BRI. ¡Ella en este pais! ¡Y en mi casa! ¡qué imprudencia!

PAT. No diga usted tal cosa... Eso es que me ha visto entrar aqui, y viene á pedir á usted informes y las señas de mi casa... (*arreglandose con petulancia el trage.*) El caso es que yo no... pues... no me encuentro preparado para.... Y este es un compromiso... ¿No la parece á usted que...

BRI. Si, si, salga usted por esa otra puerta, por el corredor... se lo suplico á usted... quiero estar sola con ella.

PAT. Eso es muy justo... me agrada esa discrecion... Cuento con usted, y espero... Usted conoce ya el estado de mis negocios... y sobre todo mi personal... que ya se yo que es lo que mas les agrada á las hijas de Adan... (*con galantería ridícula.*) Conque asi... hasta luego. (*vase.*)

BRI. ¡Dios mio! si la vé David, todo se ha perdido!

ESCENA II.

BRIGIDA, ENRIQUETA, *un criado que se queda en el fondo.*

ENR. Brígida! (*se arroja en sus brazos, permanecen abrazadas un momento.*)

BRI. (*enjugando sus lágrimas; al criado.*) Haga usted el favor de vigilar por ahi fuera, y si alguno viene, avise usted al momento. (*vase el*

criado. Brígida cierra bien la puerta. En este tiempo Enriqueta se quita el gorro.)

BRI. Qué puede haber traido aqui á usted, señorita?

ENR. Y tú me lo preguntas? Qué mas que el deseo de ver mi choza querida, y á mis amigos de la infancia? Apenas me he visto libre, me he apresurado á venir.

BRI. Que, su tio de usted...

ENR. Lo he perdido!..

BRI. Y usted es condesa del Rio, y yo su vasalla?

ENR. (*inclinándose.*) Mi madre, siempre mi madre! y te suplico que me trates como siempre! (*la abraza*)

BRI. (*con cariño.*) Enriqueta!

ENR. Si, mi querida madre, yo soy esa Enriqueta á quien tú has criado, y que ha vivido contigo los mejores, los mas bellos dias de su vida.... Todo lo que aqui veo me recuerda aquel tiempo dichoso... Este es el viejo piano en el que yo estudiaba al lado de David... esta mesa la que yo preparaba para nuestras sanas comidas... este caballete es el suyo... ¡Ah! tiemblo toda... Esa es la imágen delante de la que nos arrodillábamos á rezar nuestras oraciones.

BRI. Ella te ha protegido, hija mia, y te ha dado una inmensa fortuna.

ENR. Si; ya sabes que despues de la crisis peligrosa que me tuvo á las puertas de la muerte, y de la que no me acuerdo sino confusamente, mi tio me adoptó, desvaneciendo las intrigas que se fraguaban contra mi, por la oscuridad de mi nacimiento... Pero lo que no sabes, es que al fin consegui que mi tio no me obligára á casarme con el embajador á quien habia ofrecido mi mano, ni el interés que han tenido los que me han rodeado en ocultarme vuestra suerte... Me decian que David habia marchado á América á probar fortuna; y yo lo habia creido, cuando un dia, paseando por la esposicion de pinturas, vi un cuadro que llamaba la atencion de todo el mundo... era una santa Teresa, en la que conoci al momento mis facciones .. Yo dudaba, sin embargo, pero todos los que me miraban y habian visto el cuadro, decian por lo bajo: «es ella, es ella...» Aquel cuadro era de David.

BRI. Si, nuestro señor cura es quien le ha enviado á Madrid, sin que lo sepa mi sobrino.

ENR. Es una obra maestra!.. Al dia siguiente me informé de algunos artistas que me visitaban. Figúrate cual seria mi dolor al saber que el pobre David habia estado loco mas de un mes. Si, Brígida: mi querido hermano, el amigo de mi infancia habia estado en Madrid, cerca de mi, en mi propia casa, ¡gran Dios! y yo no le habia visto!.. Ayer llegué al castillo acompañada del médico de mi casa, que curó á David... y he venido resuelta á encontraros aqui, ó donde quiera que os hubierais trasladado.

BRI. Gracias, hija mia, gracias.

ENR. Cual fue la causa de la locura de David? El esceso en el trabajo?

BRI. Si, si... eso...

ENR. Pobre David! Se acuerda de lo pasado? Habla alguna vez de mi?

BRI. Ah!.. no... no...

ENR. Lo comprendo: me acusa de ingratitud, de olvido... Pero tú, ¿no le hablas de mi?

BRI. (*con viveza.*) Jamás!

ENR. Cómo!

BRI. (*recobrándose.*) Ah! es que... apenas me atrevo á dirigirle una palabra... Siempre que se acuerda de ti sufre demasiado, y yo no quiero atormentar su corazon.

ENR. Es posible?... ¡ah! yo quiero verle, hablarle!

BRI. Hablarle!.. á él... (Cómo impediria yo...) (*alto.*) Oh! en nombre del cielo, no le hables!

ENR. Qué temes?

BRI. No quiere que entre aqui persona alguna estraña... si supiera...

ENR. Estraña yo? Su hermana?

BRI. Por Dios!.. (*llaman.*) Dios mio! sal; yo te lo suplico... (Si fuera él!)

ENR. Brígida, estan llamando; ¿por qué no respondes?

BRI. Enriqueta!

ENR. Responde... yo... te lo mando.

BRI. Cielos!.. (*en la puerta con temor.*) Quién?

JUAN. Es el señor doctor.

BRI. Gracias, Dios mio!

ESCENA III.

Los mismos, el DOCTOR.

DOC. Ah! señorita, qué imprudencia! Salir tan de mañana!.. esponer una salud tan preciosa! (*á Brígida.*) Porque ya es la condesa del Rio, la heredera única y legitima de los inmensos bienes, y de todos los titulos del conde su tio... ¿Oh! yo he contribuido mucho á desconcertar las pretensiones ridiculas de ciertos parientes lejanos...

ENR. Pero como me ha engañado usted cuando le preguntaba por David, mi querido hermano!..

DOC. (Su hermano!.. y llama su hermano á un campesino, á un siervo!

ENR. No merecia todos nuestros cuidados un artista lleno de talento?

DOC. Sin duda: he visto su santa Teresa, y no hay duda que es una obra maestra... y puedo decir sin vanidad, que soy yo quien ha conservado ese jóven para gloria de las artes.

ENR. Pero todavia padece...

DOC. Un poco de abatimiento... supongo...

BRI. Al contrario, una agitacion continua.

DOC. Eso es lo que yo decia: y es muy natural: las enfermedades son como las revoluciones politicas... tienen su reaccion y grande.

ENR. Examínele usted con cuidado; yo se lo suplico: estudie usted el estado de su alma, para curar todas sus heridas. Volverá usted un hijo á su madre, y á mi corazon un amigo á quien daria cuanto poseo.

DOC. (*inclinándose.*) Señorita, soy de usted enteramente.

ENR. Y tú, mi querida Brígida, dejame que vaya á gozar sola un momento de mis dias felices, recorriendo mi antigua casa. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA IV.

BRIGIDA, *el* DOCTOR.

BRI. ¡Ah! Señor Doctor... tengo una inquietud... un temor...

DOC. De qué?

BRI. Si David llega á saber que está Enriqueta...

DOC. Y bien, ¿qué?

BRI. No se acuerda usted de sus delirios?...

DOC. Yo?... ¡Diantre! como es posible que me acuerde habiendo asistido á tantos delirantes.

BRI. (*mirando por la puerta.*) ¡Ay!.. aqui viene... que no le vea á usted... yo le prevendré, si puedo, de la visita de usted, y avisaré cuando yo conozca... (*le hace entrar por la derecha, en cuya puerta le queda ella ocultando.*)

ESCENA V.

DAVID, PATRICIO, BRIGIDA.

PAT. Has comprendido bien?... Cuando uno es rico como yo...

DAV. Ciertamente... es usted muy rico... mucho... estoy seguro de ello.

PAT. Y lo seré aun mas.

DAV. Tambien lo creo... mi buen Patricio.

PAT. Gracias á mi descubrimiento del calor artificial, pienso hacer al año tres recolecciones.

DAV. De trigo bueno, ¿no es verdad?

PAT. Nada de eso... de patatas... no hay cosa que haya alimentado mas pobres, ni mejor específico contra la peste mortal del hambre... Y ademas de eso, es una comida muy poética... muchos hijos de Apolo consagran culto diario á las patatas... Pienso secar los mares y los lagos y sembrar en ellos patatas... y habichuelas... si señor, patatas y habichuelas!..

DAV. (¡Pobre hombre!)

PAT. Solo una cosa falta para que yo sea completamente feliz. El verte á ti siempre tan pobre... rodeado de miseria... con estos muebles tan innobles me atormentas... esto es muy mezquino... muy anti-elegante... quieres que te asocie á mis ganancias?

DAV. Eso te haria feliz, no es verdad?

PAT. Lo has adivinado.

DAV. Pues bien... acepto.

PAT. Me alegro... ya nada falta para mi felicidad... (mas que mi boda.)

DAV. (*cogiéndole las manos y mirándole fijamente.*) ¡Escelente Patricio! (¡Qué feliz es!)

BRI. (Parece que está hoy de buen humor, este es el momento de hablarle.) David...

DAV. (*estremecido.*) ¡Ah!... usted ahi!...

BRI. Querido hijo...

DAV. (*retrocediendo y llevando á Patricio al otro estremo del teatro.*) Venga usted, Patricio... venga usted.

BRI. (¡Ah! Dios mio!)

PAT. Espera... tengo que decir una palabra á la señora Brigida, acerca de mi matrimonio.

DAV. De su matrimonio de usted? Pues qué, ¿se vá usted á casar?

PAT. Hay una pequeña dificultad... la joven á quien amo parece una gran señora... y como yo... ya se vé... no soy noble, aunque tengo talento...

DAV. Lo será usted muy pronto, si usted quiere serlo.

PAT. No tengo mas que comprar un título y un palacio... y seré noble hecho y derecho.

DAV. Le costará á usted mucho dinero.

PAT. No importa... Tengo muchos fondos en el Banco español de San Fernando, y mis acciones han subido de una manera espantosa. Apropósito, ahora que me acuerdo que tengo que ir en casa del señor cura á recoger una carta que me ha llegado de Madrid, y á tomar mis tres reales; porque ya ves, á pesar de mis riquezas, vivo tan sobriamente, que no recibo de mi apoderado mas que tres reales al dia... ya se vé, los tomo... por costumbre. (*á Brigida.*) Digame usted, querida vecina, la ha hablado á usted de mi esa señorita?... La ha gustado mi persona?.. Estoy seguro de que su amor será mio, solamente mio .. (*á David.*) Es una criatura encantadora! Si la vieras... no parece hija del pecado original, sino de la virtud... mas virtuosa... tiene unos ojos, una boca!... ¡Calla! lo mismo. lo mismo que el retrato que estabas haciendo el otro dia.

DAV. Qué dice usted?

BRI. (*á Patricio.*) ¡Desgraciado!

PAT. Se equivoca usted vecina; yo no soy nada feo... y me parece que no me falta gracia en la cara, y en el cuerpo... supongo que no habrá usted dicho á esa señorita...

BRI. Cállese usted.

PAT. (*haciendo un gesto de asombro.* Ya me callo.

DAV. (¡Dios mio! si será ella! si habrá venido!... ¡Ah! quisiera olvidarla!)

PAT. Qué es eso? Qué tienes, David?

DAV. Nada; dejeme usted.

PAT. Que!.. ¿Ya no me amas?

DAV. Oh! si... es usted tan bueno!.. pero querido estar solo.

PAT. Hasta luego. (*á Brigida.*) Pobre muchacho!... Es tan vivo... Algunas veces es algo brutal. . y si no fuera por mis cuidados... pero yo velaré por él... Tranquilicese usted; y hasta luego. (*vase por el foro.*)

ESCENA VI.

DAVID, BRIGIDA *David queda sentado en una silla á la izquierda.*

BRI. (*acercándose á él.*) David, David.

DAV. (*bruscamente*) Qué me quiere usted?

BRI. No te habia visto desde ayer.

DAV. Es verdad.... buenos dias... buenos dias, tia.

BRI. Has salido muy temprano...

DAV. Si... salir... entrar... siempre hago lo mismo... sin embargo, estoy bien en todas partes... y en ninguna.

BRI. Y cómo estas de salud?

DAV. Muy bien.

BRI. Sin embargo, te has levantado muchas veces esta noche, y te he visto que parecias escuchar con interés... Solo has dormido un momento sentado en el sillon...

DAV. Y qué importa, si me hallo bien?... Hace algunos dias que me siento mejor, mucho mejor.

BRI. Pero estás pálido, debilitado...

DAV. (*colérico.*) No tengo nada... dégeme usted... Pero ¡ah! qué he dicho?... Soy un infame, un

ingrato, sí, dégeme usted, abandóneme usted.

BRI. ¡Abandonarte! (*viendo al Doctor que entreabre la puerta.*) ¡Oh! no! aun tengo esperanza.

DAV. (*ocultando el rostro entre las manos.*) ¡Esperanza!

BRI. (*haciendo señas al Doctor.*) A fuerza de cuidados... y con el ausilio de alguno....

DAV. (*levantándose bruscamente.*) Quién es ese estraño?

BRI. No lo es para ti... es un hombre que te ha socorrido... que te ha vuelto la salud.

DAV. (*colérico.*) Qué dice usted?... Ese hombre...

BRI. Es el Doctor Andrés.

DAV. El Doctor!.. No quiero verle... que me dege.

DOC. David... yo se lo suplico á usted... tengo que pedir á usted un favor.

DAV. A mi?... Pues bien, (*á Brígida.*) Dejenos usted solos, señora, degenos usted.

BRI. Dios mio!.. ese tono... esas miradas!... me da miedo... señor Doctor, mire usted por él. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA VII.

DAVID, EL DOCTOR.

DAV. (*cruzando los brazos y mirando fijamente al Doctor.*) Usted aqui! Qué es lo que usted quiere? Examinar mi rostro, interrogar á mi palidez, gozar, por fin, en su obra, ¿no es verdad?

DOC. En mi obra?

DAV. Si, como mi enemigo .. si, porque usted ha sido mi mas cruel enemigo.

DOC. Yo que he dado á usted lo que hay de mas precioso en el mundo!.. ¡La razon!

DAV. La razon, dice usted, que es un don precioso! ¡Oh! veo que es usted uno de esos vulgares artesanos de la ciencia, que trabajan sobre el alma como sobre la materia, y que no ven en el hombre mas que una máquina humana... Cuál es la ciencia de ustedes? Un arte mecánico que cuenta los órganos, los músculos, las fibras... pero en tratándose del alma, su ciencia nada vé... es ciega y muda. Dónde está el alma? Cuáles son sus heridas? No las conocen ustedes, las niegan, y en su ignorancia abandonan la cura del alma á Dios que la ha hecho, atribuyéndose, si el enfermo sana, la gloria de una cura cuya enfermedad ni siquiera han sabido ustedes adivinar.

DOC. Escuche usted y permitame... si hubiera uno de atender á todas las enfermedades del alma.

DAV. Y por qué me ha curado usted á medias? Me ha quitado usted la locura y me ha dejado la desesperacion... Me ha quitado la medicina y me ha dejado la enfermedad... Su ciencia, ¿sabe usted lo que ha hecho?... Ha destruido mi felicidad.

DOC. Pero como... si... no comprendo.

DAV. Ya sabia yo que usted no podia comprenderlo!.. Si; los tres meses que he pasado han sido los mejores de mi vida... En mis delirios la veia todos los dias, no se separaba de mi lado... poco á poco fui viéndola cada vez menos, y era esa mano la que la separaba de mi lado .. degé de verla enteramente, y cai en la mayor desesperacion... Entonces vino usted á abrazarme, triunfante, lleno de alegria y me dijo... «Está usted curado.» ¡Curado!.. habia perdido la hermosa ilusion, y tocaba la realidad maldita!

DOC. Vamos, vamos, siempre es mejor tener el cerebro en un estado normal.

DAV. Si; para usted, hombre frio, sin pasiones, sin odio sin amor.. pero para una alma ardiente, dónde está la felicidad? En el sueño que llena sus deseos... Si, el cielo quita la razon al infeliz para que no sienta los tormentos conque le martiriza el mundo... con qué derecho destruyen ustedes la obra del cielo? (*llegándose con furor al Doctor.*) Qué te habia hecho yo?... Qué te habia hecho mi hermana, mi querida amiga, para que la hayas muerto?.. Si; tu eres su asesino y mi verdugo... sal de aqui, aléjate pronto; no quiero verte mas, porque no respondo de mi furor... Yo te aborrezco, te maldigo... Si... ¡Yo te maldigo! (*entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA VIII.

EL DOCTOR, *á poco*, ENRIQUETA *y* BRIGIDA.

DOC. (*queda inmóvil un momento, despues se santigua.*) Jesus! Jesus!.. Válgame Dios, que nueva locura!.. Antes era una locura pacifica... pero esta es furiosa!.. Jamás he visto una cosa semejante... Anda, anda, Andrés, cura cuervos para que te saquen los ojos. . ¡Qué ingratitud!

ENR. (*saliendo.*) Qué hay, Doctor?

DOC. ¡Chist!.. perdone usted, señorita... (*á Brígida señalando la puerta por donde entró David.*) Cierre usted aquella puerta. (*Brígida lo hace asombrada.*)

ENR. Cómo le ha hallado usted?

DOC. En un estado muy alarmante!

ENR. ¡Alarmante!

DOC. Al menos para mi... está furioso!

BRI. Qué le ha dicho usted?

DOC. Yo?.. Nada... Si no me ha dejado hablar siquiera.

ENR. Pero su mal, cuál es?

DOC. Yo la diré á usted. . yo bien le conozco....

ENR. Pero, cuál es?

DOC. Una locura, pero de otro género.

ENR. Espliquese usted!

DOC. V. E. me dispensará... el respeto .. yo no me atrevo...

ENR. Hable usted, yo lo quiero... lo mando.

DOC. Entonces es otra cosa... y basta cierto punto conviene que V. E. este advertida... y espero que moderará su indignacion... el pobre muchacho es mas digno de lástima que de castigo... porque...

ENR. Por el cielo! acabe usted.

DOC. Pues señor... (*despues de mirar al rededor.*) el caso es que... que está enamorado!

ENR. Enamorado? (*mira á Brígida.*)

BRI. Si.

ENR. Y de quién?

DOC. (*inclinándose.*) Yo no se si debo...

ENR. Hable usted.

DOC. Pues señor, está enamorado de... de... de V. E.

ENR. De mí!.. ¡De mi... mi hermano!

BRI. Si.

ENR. ¡Ah! ustedes me engañan... eso es imposible.

DOC. Eso es lo que yo decia, y lo que todo el mundo dirá... Desde que V. E. dejó de ser aldeana, no debió pensar David en semejante amor... pero desgraciadamente ha sido todo lo contrario .. y lo prueba bien esa nueva catástrofe.

ENR. Qué catástrofe?

DOC. Su nueva locura. Cuando entró en la alcoba de V. E., cuando V. E. se hallaba tan enferma, fué otra clase de locura la que le atacó.

ENR. Pues que, ¿fué cierto que yo le vi... que quise hablarle y solo pude dar un grito?... Pero usted me ha dicho siempre que no hubo tal cosa, y que solo fué un sueño.

DOC. El señor conde me lo habia mandado asi.

ENR. Pobre David!

DOC. Cree que usted ha muerto.

ENR. (*á Brígida.*) Y por qué tú no le has desengañado?

BRI. Yo, Enriqueta, he tenido interés en hacérselo creer... Si sabe que existes, dará pábulo á una pasion sin esperanza... Y creo que con el tiempo se irá olvidando...

ENR. Pero me ama todavia?... ¡Oh! cuánto ha sufrido por mi!

DOC. Señorita, si V. E. me permite que la dé un consejo, la diré que debemos volver al momento á Madrid, donde la esperan escenas mucho mas alhagüeñas.

ENR. No... quiero permanecer aqui.

BRI. (*que ha escuchado por la puerta derecha.*) El viene hácia aqui.

ENR. Brígida, sígueme; y usted, doctor, quédese aqui, y no dege usted solo á David ni un momento.

DOC. Vayan ustedes sin cuidado, que yo le observaré con todo interés.

ESCENA IX.

DAVID, *el* DOCTOR.

DAV. Si... vamos... ya es la hora de trabajar... Me he enfadado con razon... Ese hombre era incapaz de comprenderme... Si fuera un sabio... vaya... pero un necio ..

DOC. (*á un lado del teatro.*) Pues señor, habla de mi... y no hay duda que me adula.

DAV. (*disponiendo el caballete y los pinceles.*) Cada vez que me pongo á trabajar, espero que el ardor, la ilusion, enciendan mi mente con la llama de la creacion, y pueda olvidar mis recuerdos, mis ideas... Sé que este fuego mina mi existencia, acaba mi vida... pero qué me importa la vida!... Si muero iré á juntarme con ella. (*se sienta á pintar.*) Siempre que empiezo un cuadro, digo: ¡Si fuera el último!... Pero apenas puedo tener el brazo levantado... los pinceles se me caen de la mano... tantas noches sin dormir han debilitado mis fuerzas... (*deja la paleta y los pinceles.*) Este letargo que he combatido tantas veces, y que siempre me ataca á esta hora.... Si. . es... sueño.... (*se duerme.*)

DOC. (*llegándose poco á poco.*) Se ha dormido... He aqui un momento á propósito para examinarle. (*David hace un movimiento, el doctor se aleja precipitadamente. Volviendo.*) ¡Ah! eso no es nada .. un sacudimiento nervioso... este sueño debe ser muy largo y muy fatigoso... Si yo pudiera observar los síntomas... (*le toma el pulso.*) La pulsacion frecuente... la respiracion precipitada...

ESCENA X.

ENRIQUETA *vestida de aldeana, y con un ramo de flores en la mano,* DAVID, *el* DOCTOR.

DOC. Qué veo?... Señora... V. E. en ese trage!

ENR. Silencio!

DOC. Pero...

ENR. Dégeme usted sola con él.

DOC. Señora, ¡por Dios!

ENR. Yo lo mando... Espere usted afuera mis órdenes.

DOC. (*inclinándose.*) Obedezco. (*vase por el foro.*)

ENR. ¡Ah! cómo me late el corazon!... Qué terrible momento!... Allí está... pálido... desfigurado. . Cómo han surcado su rostro las lágrimas!... Veo en él todas las señales del dolor... ¡Pobre David!

DAV. (*soñando.*) Enriqueta... Enriqueta...

ENR. Me nombra... piensa en mi... Siempre en mi .. padece, y yo soy la causa de sus males... Si pudiera al menos aliviarlos...! Tengo miedo... quisiera... Vamos... valor...

(Se sienta al piano, preludia y canta la cancion del primer acto, y David va volviendo en si poco á poco. Durante el canto, que será lento y pianísimo, David presta atencion, Enriqueta sigue con ansiedad todos sus movimientos.)

DAV. (*estasiado.*) Qué oigo?... esa cancion... Si... es ella... me habia dormido... y en mis sueños... esa voz que amo tanto!

ENR. (*como esforzándose.*) ¡Dios mio! (*continua cantando.*)

DAV. Todavia... me pareció que... pero no... ella es... si... (*se vuelve y ve á Enriqueta.*) ¡Cielos!... es ella... ella... (*cae de rodillas.*) Quédate... espera... vision celestial... no te aleges... (*Enriqueta dá un paso.*) Se marcha... ¡Oh! qué hermosa ilusion!... Y al despertar la perderé!... Pero ¡no! (*levantándose de repente.*) ¡no! la veré siempre, si, siempre... ¡Oh! gracias, Dios mio, gracias... ya estoy loco... no me volvais la razon, no me arrebateis esta dicha... ¡Qué hermosa es!... ¡Enriqueta! ¡Enriqueta!

ENR. (*tímidamente.*) David.

DAV. Me habla!... Si... me habla como en otro tiempo.

ENR. Si, como en otro tiempo... tu hermana.

DAV. Mi hermana .. Si... Yo he estado mucho tiempo sin verte... mucho tiempo; pero ya no te separarás de mi lado, no es verdad?

ENR. No... y en prueba de ello te traigo este ramo... toma...

DAV. Mi ramo de flores... ¡Oh! qué locura tan hermosa!... nunca ha sido tan completa .. No me volvais la razon, Dios mio; dejadme ver á mi hermana, á mi amiga... ¡la amo tanto!

ENR. David... hermano mio... vuelve en ti... no es una ilusion el que estoy á tu lado... mira, te habian engañado.. yo no he muerto... ves?... toca mi mano...

DAV. Que no ha muerto Enriqueta? (*la toma la mano.*) ¡Si! esta es su mano... Su mirada. .

ENR. Si... mírame bien, yo soy Enriqueta. (*ap.*)

¡Ayudadme, Dios mio!

DAV. Si... si... ella es... ¡Oh! me parece... Siento... mi cabeza se despeja...

ENR. (*ap.*) ¡Valor! (*alto.*) Si... si... no estás loco... yo soy tu hermana.

DAV. Enriqueta... Si... ¡es verdad! ¡Enriqueta! ¡Enriqueta! (*cae en brazos de Enriqueta.*)

ENR. ¡Gracias, Dios mio! (*David cae desmayado en el sillon.*) Doctor! doctor! .. ¡Socorro! ¡socorro! (*esta escena anterior deberá ser muy agitada.*)

ESCENA XI.

Los mismos, el DOCTOR, BRIGIDA.

DOC. Qué hay?

BRI. Qué es eso?... ¡Lo ves... bien decia yo! (*Enriqueta llora.*)

DOC. Vaya, esto no es nada... (*tomándole el pulso.*) ¡Calla! qué cambio tan repentino!... qué revolucion en esta máquina!

ENR. Qué? hay peligro?

DOC. Al contrario... advierto un cambio sumamente favorable... Ya vuelve en si.

DAV. ¡Ay!

DOC. Háblenle ustedes.

ENR. David!

BRI. Hijo mio!

DAV. (*levantándose.*) ¡Enriqueta! ¡madre mia!... (*llora.*)

DOC. Vamos... valor...

DAV. (*enjugándose las lágrimas.*) Si, querido amigo.

DOC. (*ap.*) Vamos, esto ya es otra cosa.

DAV. (*continuando.*) He hallado á mi querida hermana, que la lloraba perdida... y vuelvo á adorar á una madre, para quien he sido un ingrato, y á amar á mi querida Enriqueta .. si puedo amarte...

ESCENA XII.

Los mismos, PATRICIO.

PAT. Cómo es eso?... ¡Amar! A quién? A la señora condesa?

DAV. Condesa?

PAT. Si, condesa del Rio, y heredera de una riqueza inmensa... y ademas... No es verdad, señora Brigida, que ademas hay otra cosa? (*bajo.*) La ha hablado usted de mi?

DAV. Tiene usted razon... ahora recuerdo cuánto ha pasado... y veo que no puedo ser feliz sino en la locura .. Si.. he perdido á Enriqueta para siempre... ella es una condesa... y yo un pobre artista.

ENR. Un artista es tanto como un conde... y yo soy siempre Enriqueta, (*á Brígida abrazándola.*) tu hija, Brigida... (*á David.*) y tu esposa, David.

TODOS. Su esposa!

DAV. ¡Cielos!... ¡Enriqueta!... ¡qué feliz soy!

DOC. Su esposa!... ¡qué locura!... Si viviera el señor conde!

PAT. Cómo! .. con que eras mi rival?

ENR. Qué dice usted?

DAV. Déjale.

PAT. Nada, señorita... que yo... pensaba... pero nada, nada... yo no pondré el menor impedimento... sacrifico muy gustoso el amor á la amistad ; y en prueba de ello, regalo á mi amigo este crédito de cuarenta mil reales que acabo de recibir de mi banquero... Aceptadle.

DAV. ¡Calla!... es el precio en que se ha vendido mi cuadro!

BRI. Que el señor cura envió á Madrid.

PAT. (*á Enriqueta.*) ¿Lo ve usted? Asi me porto yo con todos mis amigos. . y usted puede mandar cuanto guste á su humildísimo servidor Patricio Perujo, Pardal y Pereira, descubridor del secreto para calentar las carreteras.

DAV. (*á Enriqueta que le mira.*) Es un pobre loco.

PAT. Habia destinado esa cantidad para los pobres de la parroquia; pero no sé si será bastante.

ENR. (*sonriendo.*) Yo añadiré otro tanto, y ayudaré á usted á cumplir su oferta.

PAT. Tanta bondad, señora, solo puede pagarse con calentarla á usted la carretera cuando tenga que viajar en invierno.

DOC. Decididamente, este hombre está loco.

DAV. No le cure usted, doctor, y será siempre feliz, porque la verdadera felicidad está, en la locura!

PAT. Señores: (*á los novios.*) Dios les haga á ustedes felices... Ofrezco á todos las ventajas de mi descubrimiento. (*dirigiéndose á todos los que estan en la escena.*)

Y tú, senado indulgente, (*al público.*)
que sabes desde tu infancia,
que lo mismo aqui que en Francia
el frio nunca es caliente;
Dá pronto, si no te enfadas,
por mi estupenda invencion,
con razon ó sin razon,
tres... ó cuatro mil palmadas.

FIN DE LA COMEDIA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Aprobada en sesion del 8 de julio de 1849.—*Baltasar Anduaga y Espinosa.*=Es copia del original censurado.

Madrid, 1849.

IMPRENTA DE D. VICENTE DE LALAMA,
calle del Duque de Alba ,número 13.